

Padre José María Valente Bover S.I

Parábola de los dos hijos enviados a la viña. Mt 21, 28-32.

Jesús, como hábil general, aprovecha el desconcierto del adversario derrotado, para cambiar la defensiva en un osado contraataque. Las tres parábolas que siguen son tres golpes certeros, asestados contra el enemigo antes de poder rehacerse. El mismo género parabólico, en que Jesús era maestro, preparaba mejor el golpe y lo hacía más fulminante. Y la suspensión producida por la imagen parabólica paralizaba y desarmaba al enemigo. Esta primera parábola es una obra maestra, un verdadero portento de habilidad: es un lazo, que los mismos Judíos se arman, sin darse cuenta, para ser prendidos en él inesperadamente. La imagen parabólica parece inofensiva. Enigmática, al principio, se trueca repentinamente en claridad fulgurante. Y el colmo del arte está en que el Maestro hace intervenir a los mismos oyentes en determinar el sentido de la imagen, que comienza con una pregunta y acaba con otra, a la cual ellos responden incautamente. Y esta incauta respuesta es precisamente la que en el episodio precedente no habían ellos querido dar a la pregunta de Jesús. Habida la esperada respuesta, el Maestro, con gesto rápido y resuelto, rasga el velo de la parábola para ponerles ante los ojos la tremenda realidad: «Los publicanos y las malas mujeres se os adelantan en el Reino de los cielos». Ellos, los «últimos», pasan a ser los primeros; vosotros, los «primeros», os quedáis los últimos..., para quedaros allá fuera, sin entrar en el Reino de los cielos. No ha acabado aún el Maestro. Al estampido de la sentencia sigue la reconvención razonada, más intencionada de lo que a primera vista pudiera parecer. Viene a decirles el Señor: Os he preguntado si el bautismo de Juan era del cielo o de los hombres: y vosotros me habéis contestado que no lo sabíais. ¿Que no lo sabíais, farsantes? Hasta los publicanos y las malas mujeres lo supieron, y le tuvieron como a profeta y dieron fe a su palabra: y vosotros, ni antes que ellos, como debíais, ni siquiera después, le creísteis: semejantes a aquel mal hijo, dais a Dios buenas palabras, pero no cumplís su voluntad.

(José M. Bover, S.L., el Evangelio de San Mateo, Ed. Balmes, Barcelona, 1946 pág. 384-385)